

ficio, y salió alborozado de la casa adonde la Providencia le habia conducido.

Al llegar á la posada en donde se habia hospedado, halló á Diego Colon.

Le refirió la escena en que acababa de tomar parte, y despertó un sentimiento de gratitud hácia aquella jóven en el corazon del hijo infortunado.

Aquel sentimiento debía ser eterno, debía engrandecerse.

Otra aventura fué causa de ello.

Vamos á referirla.

—No para mi,—añadió,—año para el que todas

debamos honrar, voy á pedirnos una gracia: dame lo

necesario para fístar un padre, no como hábis, sino

como prestamo. Mi señor y dueño os lo agradecerá,

y yo os devolveré esa cantidad al regresar á España.

Las palabras de Diego Mendez, produjeron en la

jóven más impresión de lo que era posible imaginar.

Al oír pronunciar el nombre de Colon, al oír so-

bre todo que su hijo Diego debía llegar en breve pa-

ra salir en busca de su padre, sus mejillas se enro-

rojaron y manifestó una emocion vivísima.

—Padre mio,—exclamó la jóven,—otorgádmela

gracia.

—Dentro de cuatro días,—dijo don Fernando,—

tendréis á vuestras órdenes en el puerto de Cadix una

carabela, que os conduciré á donde queráis.

Diego Mendez, ébrio de alegría, besó la mano de

don Fernando, ofreció pagar con su vida aquel bene-

Capitul. LXXXII.

El amor ciego y la envidia con ojos.

La relacion que hizo Mendez á Diego Colon de su aventura, conmovió profundamente al jóven.

No eran para él desconocidos los personajes que habian tomado parte en ella.

Más de una vez habia tenido ocasion de encontrar en palacio á don Fernando de Toledo, y de admirar la incomparable belleza de su hija.

Diego era orgulloso sin ser vano.

Sentia en sus venas la sangre del gran hombre que le habia dado el sér, y naturalmente, fijaba con predileccion sus ojos en todo lo distinguido, en todo lo noble, en todo lo elevado.

Aunque su corazon parecia muerto para el amor, su imaginacion, siempre inquieta, habia sostenido

muy confidencialmente esta conversacion con su alma:

—¡Qué bella es esa jóven!

—Sus ojos revelan una pureza celestial.

—Obsérvala, y verás que no es posible hallar una hermosura más peregrina que la suya.

—Si la miro con gusto, es por que su alma se parece á la de María, por que tiene el mismo nombre que aquel ángel.

—¡Qué feliz hará al hombre que le inspire cariño!

Al oír esto se ponía el alma de mal humor.

La conversacion se repitió muchas veces.

La impresion que las palabras de la imaginacion producian en el alma del jóven, era cada dia más profunda.

Pero la desgracia, llenando de tristeza su pecho, amortiguó sus ilusiones.

Casi habia olvidado Diego á la noble hija de don Fernando de Toledo, cuando el relato de aquel evocó con más fuerza que nunca en su alma aquel dulcísimo recuerdo.

En aquellas circunstancias tenia que unirse á la admiracion la gratitud.

A pesar de las órdenes terminantes de los reyes para que se aprestase un buque y se diese su mando á Diego Mendez, á fin de que partiese en seguida á socorrer á los náufragos, los encargados de ejecutar este mandato oponian una resistencia pasiva, pero eficaz.

So pretexto de que no era posible detener el en-

vío de víveres á la colonia, habia Soria despachado todas las embarcaciones de que disponia.

Por debajo de cuerda habia tratado con los dueños de buques para que á ningun precio quisieran confiárselos.

Esta guerra sorda interrumpia á cada instante los preparativos.

Al dia siguiente de la entrevista de Diego Mendez con don Fernando de Toledo, envió éste á su mayordomo á Palos.

Era uno de los puertos más florecientes, y hallaria embarcaciones disponibles.

El mayordomo tropezó en efecto con un hijo de Quintero, que poseia una excelente carabela, una de los buques mercantes más veleros de aquel tiempo.

Don Fernando habia enviado á Palos á su mayordomo, porque sabia que todos los armadores de Sevilla y Cádiz habian negado sus buques al Consejo de Indias.

Tambien en Palos encontró la influencia de los enemigos del almirante.

Pero como los malos no pueden entenderse más que con los malos, resultó que Quintero, despues de negarse á alquilar su buque, oyó de mejor grado las proposiciones que le hicieron para comprárselo.

Valiéndose de la ocasion, obtuvo por la venta de la carabela el doble de lo que valia, y faltó á la palabra que habia dado al agente que le envió Soria para ponerle de su parte.

El mayordomo de don Fernando desempeñó tan

acertadamente su misión, que á los ocho días de salir de Sevilla llegó á Cádiz con un buque perfectamente preparado para la expedición, un buen piloto y ocho marineros de los mejores del puerto de Palos.

El arribo de la embarcación al puerto causó gran extrañeza.

Los amigos de Soria reconocieron en ella la carabela de Quintero, y se apresuraron á dar parte de su llegada al contador.

El asombro de éste fué igual á su indignación.

Inmediatamente partió á Cádiz para informarse por sí propio de lo que pasaba.

Allí supo que aquella carabela había sido adquirida por Diego Mendez, y que se proponía darse á la vela en cuanto hiciera todas las provisiones necesarias para el viaje.

Don Fernando había hecho, en efecto, la compra del buque en nombre de Diego Mendez; pero éste no lo sabía cuando le llamó Soria.

El astuto agente de Fonseca le tendió un lazo, y gracias á su habilidad supo quién era la persona que había pagado por Mendez la crecida suma que había recibido Quintero.

Don Fernando de Toledo era un enemigo poderoso, y no atreviéndose á tomar resolución alguna sin consultar con su jefe, envió un emisario al obispo.

Dos días después volvió de Córdoba el mensajero con un papel, en el que una letra muy conocida de Soria, decía:

«Apresuráos á ver á don Fernando de Toledo,

dadle las gracias, ofrecedle la cantidad que ha adelantado para la adquisición del buque, y procurad á toda costa que el capitán se quede en tierra.»

Soria se apresuró á cumplir la primera parte de aquellas instrucciones.

—Dad gracias al obispo,—le dijo don Fernando; —pero al hacer lo que hecho no solo sirvo á mis reyes, prestando auxilio á uno de sus más leales servidores, sino que cumplo un deber de gratitud.

En estas palabras descubrió el contador una formal resolución de proteger á Mendez.

Las apariencias estaban salvadas.

El Consejo de Indias había quedado en buen lugar; pero importaba que la protección de don Fernando, que los deseos de Mendez fueran infructuosos, y Soria se apresuró á poner en planta los medios de ejecutar la segunda parte de las instrucciones que había recibido.

El celoso agente de los enemigos del almirante ignoraba que don Diego debía acompañar á Mendez.

Este llegó á Sevilla solo, y trató directamente con Soria.

Cuando entró en Sevilla, le refirió el amigo de su padre la aventura en que había sido héroe.

Al recuerdo dulcísimo que se despertó en su alma, sucedió una profunda tristeza. Mendez no le ocultó que los agentes del Consejo de Indias parecían resueltos á estorbar su partida, ó por lo ménos á aplazarla.

Durante los doce días que trascurrieron desde que

salió el mayordomo de don Fernando, hasta que en vista de su vuelta con la nave pidió Soria instrucciones y las recibió, sólo una vez abandonó Diego su posada.

Era un domingo.

El jóven era muy cristiano, y salió de su albergue para ir á misa.

Mendez le acompañó.

Al mismo tiempo que llegaban los dos al pórtico principal de la catedral, bajaba de una silla de manos una dama de distinguido porte.

De la misma litera bajó una jóven encantadora.

—Mendez, Mendez,—dijo la jóven, descubriendo al valiente soldado y llamándole.

Mendez reconoció á Maria, á la hija de su protector.

—¿Qué mandais?—preguntó, acercándose respetuosamente á la jóven.

—Deseo que os conozca mi buena tia doña Leonor de Pimentel, esta ilustre dama que veis,—dijo, señalando á la que habia bajado de la litera antes que ella.—Le he referido el señalado favor que os debo, y quiere conoceros.

—Decid más bien que la Providencia os ha elegido para ser el ángel tutelar de Cristóbal Colon. Sin vos pereceria abandonado.

—¿Lo cree así su hijo?—preguntó Maria con ingenua amabilidad á Diego, que la contemplaba absorto.

Al ver que le conocia, que habia reparado en él, sintió Diego que sus mejillas se encendian.

Necesitaba responder á aquella pregunta y no sabia cómo, no podia articular una sola palabra.

Por fortuna doña Leonor de Pimentel terció en la conversacion, y celebró infinito conocer á un mismo tiempo al salvador de su sobrina y al hijo del hombre más glorioso de su época.

Las damas se dispusieron á entrar en el templo.

Los galanes se adelantaron para ofrecerles agua bendita.

Al tocar Diego la suave y perfumada mano de Maria, se estremeció.

La jóven le miró como deseosa de descubrirle un secreto, y temerosa al mismo tiempo de que lo descubriese.

Durante toda la misa estuvo Diego ensimismado. Parecia revivir.

Las luces que ardian en el altar mayor, el canto de los sacerdotes, los acordes sublimes del órgano; todo le despertaba y al mismo tiempo le hacia soñar.

En medio de aquel éxtasis le pareció ver un ángel que, llegando hasta él, envuelto en una nube de incienso para ser invisible á los demás, pronunció en su oido estas palabras:

—Maria te manda que ames á su hermana.

Diego obedeció esta orden.

¡Era jóven, y tenia el corazon dormido, no muerto!